



MARZO 2024 AÑO 29 N° 335
REVISTA LITERARIA – ISSN 1666-3233
Director – Propietario CARLOS A. MARGIOTTA
R.P.I. N° 932.056
redesdepapel@gmail.com

TE LO DIJE Susana Kleiban - **LA VEJEZ** Susaba Brosou
LA MOJADURA Alicia Ibarra - **DESPEDIDA** Fernanda Lagrava
EL DIA QUE PARTI Miriam Alberganti
LAS PAREDES ESTÁN FRÍAS Truman Capote
LA CABEZA PEGADA AL VIDRIO Silvina Ocampo
REFLEJOS AMARILLOS SOBRE EL TECLADO
Graciela María Casartelli
CUENTOS BREVES Daniel de Culla
ESA VIEJA DAMA Inés Rodríguez
EL COMISIONISTA Carlos Margiotta



EL COMISIONISTA *Carlos Margiotta*

Como todos los viernes por la noche, Héctor, llegó a la terminal de ómnibus de Retiro una hora antes de la partida del micro que lo llevaría a su hogar. Después de un intenso día de trabajo recorriendo negocios, oficinas, bancos y cuevas donde podía cambiar monedas extranjeras a mejor precio.

Hacía años que realizaba esa actividad después de haberse jubilado como empleado de la Municipalidad de Carlos Casares, donde había construido una red de contactos con gente importante de la zona. Aunque en la actualidad su trabajo había desminuido sensiblemente debido a la existencia de correos privados y por el desarrollo de las redes sociales, algunas operaciones comerciales y financieras debían seguir haciéndose en forma personal y privada.

Entró al bar de siempre frente a las dársenas, se sentó a la mesa donde un cartelito decía – Reservado-, y apoyó su portafolio en la silla contigua. Saludó a Mario, el mozo, con un ademán de la mano pidiéndole que llevara su habitual whisky importado. Héctor, como todo empleado público, repetía los rituales aprendidos rigurosamente en los años de burocracia. Abrió el portafolio, sacó su agenda y se puso a beber mientras repasaba las tareas realizadas y las pendientes. Al rato llegó una mujer muy atractiva de alrededor de 50 años que ocupó una mesa cercana a la suya y pidió un café con leche con un tostado. Héctor dejó los papeles que llevaba y empezó a mirarla detenidamente, como si se reencontrara con alguien conocido. En un momento su curiosidad lo obligó a acercar su cabeza a la mesa que ella ocupaba para preguntarle discretamente:

- Me resultas una cara conocida. ¿Nos vimos en algún lugar?

- No creo, dijo ella, moviendo la cabeza de un lado para otro.

Y siguió observándola tratando de encontrar alguna huella en su memoria que reconociese ese cuerpo, un lugar, una situación perdida para siempre. Sin embargo el olor de su piel volvió como un recuerdo.

Cuando llegó el micro a la dársena correspondiente se levantó, saludo a la mujer y se fue caminando hacia el lugar, rengueando de su pierna derecha. Minutos después, ella tomó su bolso y se dirigió en la misma a dirección desde donde partiría el micro de las 12 de la noche con destino Santa Rosa.

Se encontraron en la fila donde uno de los chóferes controlaba los pasajes.

- Vas a La Pampa. Preguntó él.
- No, me bajo en 9 de Julio el pueblo donde nací. Contestó ella.
- Entonces somos vecinos. Yo soy de Casares.
- Puede ser, hace mucho que no vivo allí.

El ómnibus hacia su recorrido por la ruta 5 y entraba a la terminal en cada ciudad importante del camino, como Chivilcoy, Bragado y otras. Allí se detenía un rato para el descenso de pasajeros que llegaban a su destino, y el ascenso de los que esperaban partir hacia otras poblaciones. Era el típico viaje conocido popularmente como “el lechero”.

El viajaba en la planta baja por dificultad en una pierna, y ella en la parte superior desde donde podía contemplar las estrellas en el cielo. Al arribar a 9 de Julio ambos bajaron y se despidieron en la plataforma. Él compró una petaca de whisky en el quiosco de la estación y vio como ella se dirigía al puesto de taxis.

Después de una semana se volvieron a encontrar en el café de la terminal de Retiro, esta vez él la invitó a compartir la mesa. Le contó que era comisionista y hacía trámites para personajes de su ciudad.

Durante el viaje Héctor recordó sus años jóvenes y los sentimientos irracionales que le causaba encontrarse con una mujer que lo atrajera sexualmente. Imaginó que estaba con ella en la cama revolcándose desnudos y abrazados como dos adolescentes y abrazados como dos adolescentes. ¿Ese olor de su piel? ¿Cuántos años sería mayor que ella?, pensó.

Durante la semana entró a Internet para averiguar si era cierto que era médica y trabaja en el Garrahan, y constato que había una tal Delia entre el personal. También, por sus contactos, supo que el registro civil de 9 de Julio había registrada una tal Delia Rodríguez nacida hace 48 años en esa ciudad. Había pensado en buscar en los registros de la empresa de micros pero le pareció innecesario.

El viernes se volvieron a encontrar en el bar de la terminal. Él entusiasmado por la frase “Dame tiempo”, que había escuchado de la boca de ella.

- Una semana es mucho para no verte, dijo él.
- Yo creo que empecé a extrañarte, aunque me da miedo la diferencia de edad que hay entre nosotros, contestó.
- Igual podemos intentarlo, ver si funciona, me paso el día pensando en vos.
- Mi madre esta muy enferma. La próxima semana vemos.

Salieron juntos del bar y caminaron hasta la plataforma 57 tomados de la mano mientras intercambiaban los números de celular. Subieron al ómnibus, y durante el trayecto se enviaron numerosos mensajes de texto. Al llegar a 9 de Julio volvieron a encontrarse y él la acompañó a tomar un taxi, quiso darle un beso en la mejilla pero ella lo evitó con un gesto de su mano. De regreso compró botellita de whisky en el quiosco y se recostó en el asiento del micro para beber durante los pocos kilómetros que separaban una ciudad de la otra.

A través del watsapp pudieron hablar todos los días contándose experiencias de sus vidas. Estuvo casada, hace 10 años que soy viuda. Yo me separé hace mucho después de un episodio donde me acusaron de un delito y fui sobreseído. Después tuve una pareja con quien teníamos buena cama. Fui secretario del intendente varios años hasta que abandoné la política. Creo que voy a tener que internar a mi madre, tiene un cáncer en los intestinos y no puede ser operada. Traerla Casares, soy amigo del director del hospital. Gracias, la idea es traérmela a la capital. ¿Pensaste en algo para el fin de semana? Tengo ganas de que estemos juntos. Te dije que no puedo. Voy a ver si hay pasajes en la planta baja, por ahí podemos cambiarle el asiento al que viaja al lado tuyo. Sería bárbaro. Nos vemos el viernes.

Ella llegó apurada minutos antes de que partiera el micro y se encontraron antes de subir.

- Que te pasó
- Tuve un inconveniente. Después te cuento.

Finalmente pudieron sentarse juntos debido a la gentileza de un señor que bajaba en Sui-pacha. El le tomó la mano y se dieron un beso. Ella extrajo de su bolso una botella de etiqueta negra. Es mi regalo por tu compañía. Gracias amor y sacó un vaso del portafolio. Yo no tomo alcohol, dijo ella. Al rato él cerró los ojos y se quedó dormido. Al llegar a su destino ella guardó la botella en su bolso, tomó el celular Héctor y bajó del micro.

Cuando el ómnibus llegó a Casares el chofer comprobó que un pasajero había muerto. El forense dijo que se debió a un paro cardíaco. El oficial a cargo hizo un inventario de sus ropas y el contenido de su portafolio. En el informe escribió que había recortes del Pregón de Casares de hacía 40 años que daban cuenta de la violación de una menor de 14 años, donde el difunto Héctor Salvatierra había sido imputado y sobreesido por falta de merito

LA MOJADURA *Alicia Ibarra*

Había sido un día muy vertiginoso, Manuel, mi jefe, no paraba de tirarme más y más tareas para resolver, de modo que llegó la media tarde, no había tenido tiempo de almorzar siquiera y aún estaba en veremos.

Ordené los papeles sobre el escritorio, organicé el trabajo que me faltaba hacer y me apuré porque quería salir a horario (acá ni las horas extras te pagan así que no pensaba quedarme ni un minuto después de mi jornada habitual).

En fin, la cosa es que terminé ya casi a las ocho de la noche, guarde todo y me dispuse a partir.

Ese día había amanecido calmo y asoleado, pero ahora, ahora parecía un túnel negro y oscuro y las ráfagas de viento hacían volar las hojas y casi que a los árboles. Me quedé parada un momento para pensar cómo iba a hacer para llegar a la boca del subte, me tapé la cabeza con el saco y corrí entre la gente, la lluvia y el viento, que cada vez soplaba más fuerte. Empapada empecé a bajar las escaleras, cuando me percaté que se habían transformado en una verdadera catarata. O sea, ya no podía usar esa vía para el regreso.

Justo enfrente, está ese bodegón donde fuimos a almorzar muchas veces. Así que, crucé como pude la calle y me refugié en su interior.

Busqué un lugar tranquilo y cálido, me acomodé, pedí mi almuerzo tardío (más bien una cena), y me resigné a esperar que se calmara el chubasco para buscar como regresar a casa.

ESA VIEJA DAMA *Inés Rodríguez*

Viste siempre de punta en blanco, aun cuando hace los quehaceres de la casa, bueno eso si Juana la señora que le limpia falta por algún motivo. Digamos que simplemente acomoda lo que está fuera de lugar de todas formas ella luce impoluta.

De niña su madre le enseñó a que una dama siempre debe estar preparada para cualquier ocasión.

Antes de irse a dormir, prepara con detalle las prendas que va a usar al levantarse, la que tiene en uso termina en el lavarropas cuando se da la ducha del descanso, nunca viste dos días el misma atuendo y si por algún motivo ese día no puede elegir deja escrito sobre la mesa de luz en un papel las posibles combinaciones para no perder tiempo.

Viste siempre con lo último de la moda a pesar de ser una señora muy grande, las chicas y no tan chicas de la región la tienen como la referente de la moda actual.

Para ella todo debe de combinar, desde los tacones altos hasta el chal que se coloca sobre sus hombros, a veces usa el pelo recogido con broches de perlas de acuerdo al color de la blusa o vestido. Perla así la llaman, no solo por su andar de dama de honor sino por lo culta y buena moza que sigue siendo.

En las tardes de los sábados Perla espera a sus amigas en el jardín invernial de su casa para charlar de sus viajes y ponerlas al tanto de la última moda francesa, así pasan 4 largas horas ojeando revistas de la alta costura que trae Perla de sus viajes para compartir con sus amigas.

Las fotos que a veces les muestra son la envidia de varias de ellas, y Perla siempre para cada prenda que usa tiene una historia.

Ese sábado de reunión Perla en un ataque de desprendimiento saco sus mejores vestidos

del closet y los puso para la venta de garaje a muy bajo costo, nadie puede entender lo que está sucediendo en casa de la distinguida.

Perla amaneció con look totalmente cambiado, luce jeans chupín, una camisa larga de encaje blanca, chaqueta de Lino y zapatillas de cuero blancas, aun así es una vieja dama actualizada, con el pelo al viento despeinado.

**MUCHOS DE LOS TEXTOS PUBLICADOS EN
REDES DE PAPEL FUERON ESCRITOS EN EL
TALLER DE ESCRITURA
“ESCRIBIMOS PARA SER LEIDOS”
COORDINADOS POR CARLOS MARGIOTTA**

LA CABEZA PEGADA AL VIDRIO *Silvina Ocampo*

Desde hacía quince años Mlle. Dargére tenía a su cargo una colonia de niños débiles que había sido fundada por una de sus abuelas. La casa estaba situada a la orilla del mar y ella desde su juventud había vivido en la parte lateral del asilo, en el último piso de la torre.

En los primeros tiempos vivía en el primer piso, pero de noche en los vidrios de la ventana se le aparecía la cabeza de un hombre en llamas. Una cabeza espantosamente roja, pegada al vidrio como las pinturas de los vitraux. Se mudó al segundo piso: la misma cabeza la perseguía. Se mudó al tercer piso: la misma cabeza la perseguía; se mudó de todos los cuartos de la casa con el mismo resultado.

Mlle. Dargére era extremadamente bonita y los chicos la querían, pero una preocupación constante se le instaló en el entrecejo en forma de arrugas verticales que estropeaban un poco su belleza. Sus noches se llenaban de insomnios y en sus desvelos oía los coros de los sueños de los niños subir, con blancura de camión, de los dormitorios de veinte camas en donde depositaba besos cotidianos.

Las mañanas eran diáfanas a la orilla del mar; los chicos salían todos vestidos con trajes de baño demasiado largos que se enredaban en las olas. No era la culpa de los trajes, pensaba Mlle. Dargére apoyada contra la balaustrada de la terraza; los chicos no podían usar sino trajes hechos a medida, para no quedar ridículos. Tenían un bañero negro que los mortificaba diariamente con una zambullida dolorosa, que lo resguardaba a él sólo, cuidadosamente, de las olas. Pero ella no podía oír llorar a los chicos y se acordaba del suplicio de los baños con bañeros en su infancia, que habían llenado su vida de sueños eternos de maremotos.

Se bañaba de tarde con el agua a la altura de las rodillas, cuando la playa estaba desierta; entonces llevaba a veces un libro que no leía y se acostaba sobre la arena después del baño; era el único momento del día en que descansaba. Era la madre de ciento cincuenta chicos pálidos a pesar del sol, flacos a pesar de la alimentación estudiada por los médicos, histéricos a pesar de la vida sana que llevaban.

Mlle. Dargére derramaba su prestigio de belleza sobre ellos. Su proximidad los serenaba un poco y los engordaba más que los alimentos estudiados por los mejores médicos, pero la cabeza del hombre en llamas seguía de noche en la ventana hasta que llegó a ser una horrible cosa necesaria que se busca detrás de las cortinas.

Una noche no durmió un solo minuto; la cabeza estaba ausente, la buscó detrás de las cortinas, y la desveló esta vez la posibilidad de poder dormir tranquila: la cabeza parecía haberse perdido para siempre.

A la mañana siguiente, en los dormitorios, una extraña exasperación retenía a los chicos al borde de las lágrimas. Llantos contenidos se amontonaban en las bocas. Mlle. Dargére creyó ver un asilo de ancianos en traje de baño azul marino desfilando hacia la playa. Carolina, su preferida, la única que tenía un cuerpo capaz de rellenar el traje de baño, se escapó de entre sus brazos.

La playa esa mañana se llenó de llantos oscuros y atorados dentro de las olas. Mlle. Dargére, después de apoyar su melancolía sobre la balaustrada, que fue como una despedida a la belleza, subió corriendo hasta el espejo de su cuarto. La cabeza del hombre en llamas se le apareció del otro lado; vista de tan cerca era una cabeza picada de viruela y tenía la misma emotividad de los flanes bien hechos. Mlle. Dargére atribuyó el arrebató de su cara a las quemaduras del sol que se derraman en líquidos hirvientes sobre las pieles finas. Se puso compresas de óleo calcáreo, pero la imagen de la cabeza en llamas se había radicado en el espejo.

EL DIA QUE PARTI *Miriam Alberganti*

¡Si supieras cuánto extraño sentirme abrazada y lo bien que me hacías sentir cuando en tu corazón estaba! Mirá que hemos vivido cosas juntos, ¿eh?

Recuerdo tardes de rodillas peladas o veranos de carnavales donde casi volaban aquellos pesados baldes de agua, noches juntos mirando la luna, o simplemente siendo testigo de mis penitencias en los rincones, tardes de colchoneros separando lana, interminables tendales de ropa, pollos que del gallinero escapaban, la vieja máquina de coser que viste funcionar hasta que llegó a vieja, jaulones de jilgueros que siempre mantenían al día los sonidos de la casa con su permanente trinar. Vos siempre estuviste allí como silencioso gigante custodio de todo lo que ocurriera. Veías que desde muy pequeña tenía curiosidad por el crecer de las plantas en viejas macetas españolas que escondían aventuras de babosas, hormigas y caracoles. Siempre estabas allí, en silencio, pero con marcada presencia. Nunca te tuve miedo, siempre quería estar en vos. Aún no sé por qué me hacías sentir tan segura. ¡Eras mi lugar en el mundo!

Fuiste testigo de mi inocencia pura de la niñez, si me habrás visto llorar... Conocías todos mis escondites, mis compañeras de juego imaginarias, las charlas con mi amiga íntima que era representada por un viejo gomero. Mirabas mis lágrimas caer cuando escuché a mis padres decir que lo cortarían porque sus raíces habían levantado los pisos de la casa. Él simplemente quería crecer al igual que yo, ¡no lo entendieron!

Estuviste en cada cena de Navidad. Lo recuerdo muy bien. Me hacías creer que Papá Noel se asomaría detrás de vos. Y yo te creía, ¡como siempre!

No sé cómo lo hacías, pero de alguna manera me buscabas para que saliera a ver cómo alguna fortuita visita intentaba recostarse en la hamaca paraguaya, cayéndose al piso en el primer intento de la manera más graciosa, y yo ahí, haciendo fuerza para que no saliera la carcajada de mis entrañas y ayudando muy seriecita a levantar a la imprevisible víctima que había estado a punto de romperse la crisma.

Nos reíamos juntos cuando, escondida de los grandes, cantaba y bailaba sola en la antigua galería ensayando para cuando fuera grande, estaba convencida de que no me detendría hasta ser una talentosa actriz de esas que solo se ven en Hollywood.

Me ayudaste a memorizar cada poesía de Borges, cada cuento de Cortázar, poemas del Martín Fierro y hasta las aventuras de Don Quijote, previos a algún examen del colegio. Me veías salir insegura y con los nervios de punta y regresar en paz y relajada cuando terminaba de rendir. ¡Cómo olvidarlo!

Solo vos sabés cuántos libros se me cayeron de la cabeza intentando caminar derecha como una modelo de esas que veía en la tele de la casa de doña Antonia.

Hiciste que apareciera la luna llena aquella noche del primer beso, hasta sentí que habías hecho bajar a todos los cupidos que encontraste en tu andar... Por un momento incluso me sentí levitar... ¡Cuánto te amé!

Llegado el día que partí en busca de mi destino, le diste una última mirada a mi principesco vestido de novia; me encontraba tan radiante y feliz que no reparé en tus lágrimas. Vos sabías que ya nada sería igual, ya no nos reiríamos juntos: esa nena ya no estaría para vos.

Solo cuando la vida me llevó muy lejos descubrí cuánto amaba estar dentro tuyo, quería

volver, pero olvidé el camino. Sé que ya no estás, pero nunca dejaré de agradecerte. Los años pasaron, las cosas cambiaron, pero nunca olvidaré aquel viejo patio que me vio crecer.

CUENTOS BREVES *Daniel de Culla*

A TRAVES DE LA MOMIA EL MOMIO

-Entrad, nos dice un ujier, que es policía secreta, a las puertas del Palacio de las Cortes, Congreso de los Diputados, veréis hilado de tres años y cagado en un mes.

Con Zorrilla acreditado, madrileños y foráneos se precipitan por entrar a la carrera, y llegar a sus puertas por la Carrera de San Jerónimo, donde el santo sentía cagalera mística, teniendo que correr al primer urinario público que hubiera.

Cuentan algunos gatos: "Que, a veces, se le vio mear contra Neptuno y cagar al lado de la Cibeles".

Por los agujeros de su techo, del Congreso, hechos por balas de verdad y no de fogeo, entra un aire dictatorial haciendo fieros en moción de censura donde los ciento y veintitantos están profiriendo sutiles y divinas amenazas de una momia traída casi en cueros con anhelos de alcanzar el momio de un gobierno.

-Ahí dentro, nos dice el ujier, han puesto una tinaja donde sus señorías cagarán, y no en otra parte. De ahí, en dos días, estará llena, y entonces por el humo que salga de ella, al estilo de la vaticanal fumata, si sale blanco ganará la fascistoide derecha; si sale negro, la roja izquierda.

Sus señorías mostrarán la tinaja a la prensa, y el humo blanco o rojo será guardado en botella de cristal "la Casera".

Una señora, ya mayor, más bien vieja y extremeña, que estaba de las primeras al lado del león de la derecha, arrascándose el Chumino por dentro de la braga de esparto que llevaba, al mirar sus dedos exclamó lo que todos los allí presentes escucharon y oyeron:

-Vaya puta mierda. ¡Es moquillo verde! Me voy para Extremadura sin esperar a lo que salga, que se me mueren las ovejas.

-Daniel de Culla

AMANTES

-Lo he decidido. Me voy a hacer lesbiana como Rebel Wilson o su novia Ramona Agruma; Chloe Grace Moretz o su novia Kate Harrison, porque estoy hasta los mismísimos, los iguales, aunque sea uno más grande que otro.

Basta ya de puterío y mariconadas: Estoy cansado de ir a Salamanca a ver a una novia tres veces por semana, aunque sea muy guapa y Francisca se llama.

Estoy harto de que un chico, compañero de Seminario, hoy sacerdote cura párroco, con su tontón colgante golpee mi culo diciendo disparatadas; y a su tontón gimiéndole rebuznando:

-Que viene, que viene, en tiempo de cagalera, cuando mi ojete está ocupado. Viendo su eyaculación en la cagada más de una vez.

-Que yo me hago lesbiana. Que lo voy a ser porque me he metido el pene para adentro, y parezco una "ja" hembra muy lozana. Además de que me he encaprichado de una bella tortillera subiendo las escaleras del Ayuntamiento de Burgos, yendo detrás de ella, su culo diciéndome en voz baja:

-Eugenia ten valor.

Ella, vuelta hacia mí por sorpresa, me habló de esta manera:

-La braga que yo traigo, para ti ¿es buena o mala? Si quieres ver vivo lo que lleva dentro, entra conmigo al Pleno; y si lo quieres ver muerto de amor, llévame después a tu cama.

Eso hicimos con muy buen tino, pues hicimos la tijera.

Abriendo las piernas como nunca, las campanas de la Catedral repicaban anunciado la mañana.

Asomadas al balcón, que da a la Plaza Mayor, alegres y abrazadas las dos dijimos:

-Al fin las campanas suenan sin badajo. ¡Ya era hora!

Eugenia: Yo, por maricón, a mi esposo dejé.

Anastasia: Yo me divorcié de mi marido cuando le llevaban, en camilla, al famoso Hospital Isabel Zendal de Madrid, porque allí se guisa la Covid y dan muerte de comer.

LAS PAREDES ESTÁN FRÍAS *Truman Capote*

-...así que Grant les ha dicho que vinieran a una fiesta fantástica y, bueno, ha sido así de fácil. La verdad, creo que ha sido una genialidad recogerlos.

La chica que estaba hablando dio unos golpecitos a su cigarrillo para que la ceniza cayera a la alfombrilla persa y miró con aire contrito a su anfitriona.

Esta enderezó su traje negro y elegante y frunció los labios, nerviosa. Era muy joven, menuda y perfecta. Un lustroso pelo negro enmarcaba su cara pálida, y su barra de labios era una pizca demasiado oscura. Eran más de las dos y estaba cansada y quería que se largasen todos, pero no era pan comido deshacerse de treinta personas, sobre todo cuando la mayoría estaba empapuzada del whisky escocés de su padre. El ascensorista había subido dos veces para quejarse del ruido y ella, entonces, le había dado un whisky, que era lo que él quería, a fin de cuentas. Y ahora los marineros... oh, al diablo todo.

-Está bien, Mildred, de verdad. ¿Qué son unos marinos de más o de menos? Dios, espero que no rompan nada. ¿Quieres volver a la cocina y ocuparte del hielo, por favor? Veré lo que puedo hacer con tus nuevos amigos.

-La verdad, querida, no creo que sea necesario. Por lo que he visto, se aclimatan con gran facilidad.

La anfitriona se encaminó hacia sus invitados repentinos.

Apiñados en un rincón de la sala, no hacían más que mirar y no tenían aspecto de sentirse muy a gusto.

El más guapo del sexteto giró su gorra, nervioso, y dijo:

-No sabíamos que había una fiesta así, señorita. Quiero decir que sobramos, ¿no?

-Pues claro que son bien recibidos. ¿Qué demonios pintarían aquí si yo no quisiera que se quedaran?

El marino estaba azorado.

-Esa chica, la tal Mildred y su amiga, nos han ligado en alguno de los bares y no teníamos la menor idea de que veníamos a una casa así.

-Qué ridiculez, qué ridiculez más absoluta -dijo la anfitriona-. Son del Sur, ¿verdad?

Él se encajó la gorra debajo del brazo y pareció más tranquilo.

-Yo soy de Misisipí. Supongo que nunca ha estado allí, ¿verdad, señorita?

Ella apartó la mirada hacia la ventana y se pasó la lengua por los labios. Estaba cansada, cansadísima de aquello.

-Oh, sí -mintió-. Un estado precioso.

Él sonrió.

-Debe de confundirlo con algún otro sitio, señorita. No hay gran cosa que ver en Misisipí, excepto quizás en la zona de Natchez.

-Claro, Natchez. Fui a la escuela con una chica de Natchez. Elizabeth Kimberly, ¿la conoces?

-No, no puedo decir que la conozca.

De repente ella se percató de que se había quedado sola con el marinero; todos sus compañeros se habían acercado al piano donde Les estaba tocando algo de Porten. Mildred tenía razón en lo de aclimatarse.

-Ven -dijo ella-. Te pondré una copa. Ellos saben apañárselas. Me llamo Louise, así que por favor no me llames señorita.

-Mi hermana también se llama Louise. Yo soy Jake.

-Vaya, ¿no es encantador? Me refiero a la coincidencia.

Se alisó el pelo y sonrió con los labios pintados de un tono demasiado oscuro.

Entraron en el tugurio y supo que el marinero estaba observando cómo se balanceaba su vestido alrededor de las caderas. Se agachó para pasar por la puerta que llevaba al otro lado del mostrador.

-Bueno -dijo-, ¿qué va a ser? Me olvidaba, tenemos escocés, whisky de centeno y ron; ¿qué te parece una copa de ron y Coca-Cola?

Veía en el espejo que él la miraba, a ella o quizás a través de ella.

-¿Qué edad tienes? -preguntó él.

Ella tuvo que pensarlo un minuto, pensarlo de verdad. Mentía tan continuamente sobre su edad que a veces ella misma olvidaba la verdadera. ¿En qué cambiaba las cosas que él supiera o no su edad? Así que se la dijo.

-Dieciséis.

-Si tú lo dices -sonrió él, deslizándolo a lo largo de la superficie del mostrador, que se reflejaba en el espejo.

¿Sabes?, nunca había visto un sitio como este. Parece salido de una película.

Ella revolvió rápidamente con un bastoncillo el hielo dentro de un vaso.

-Si quieres, te lo enseño entero por cuarenta centavos. Es bastante grande; para ser un apartamento, me refiero. Tenemos una casa de campo que es mucho, mucho más grande.

No sonó bien. Era demasiado altanero. Se volvió y repuso en su hueco la botella de ron.

Veía en el espejo que él la miraba, a ella o quizás a través de ella.

-¿Qué edad tienes? -preguntó él.

Ella tuvo que pensarlo un minuto, pensarlo de verdad. Mentía tan continuamente sobre su edad que a veces ella misma olvidaba la verdadera. ¿En qué cambiaba las cosas que él supiera o no su edad? Así que se la dijo.

-Dieciséis.

-¿Y nunca te han besado...?

Ella se rió, no del tópico sino de su propia respuesta.

-O sea, violado.

Ella estaba frente a él y vio en su cara sobresalto y después diversión y después algo distinto.

-Oh, por lo que más quieras, no me mires así. No soy mala chica.

Él se sonrojó y ella volvió a cruzar la puerta y le tomó de la mano.

-Ven, te enseñaré todo esto.

Le llevó por un largo pasillo flanqueado de espejos a intervalos y le mostró una habitación tras otra. Él admiró las alfombras mullidas, de color pastel, y la discreta mezcla de mobiliario modernista con muebles de época.

-Esta es mi habitación -dijo ella, manteniendo la puerta abierta para que él la viera-. No mires el desorden, no todo lo he hecho yo, casi todas las chicas se han arreglado aquí.

Para él no había nada fuera de su sitio, la habitación estaba en perfecto orden. La cama, las mesas, la lámpara eran blancas, pero las paredes y la alfombra eran de un verde oscuro y frío.

-Bueno, Jake... ¿qué te parece, me va bien este cuarto?

-No he visto nunca uno igual, mi hermana no me creería si se lo contara... pero no me gustan las paredes, si me disculpas que te lo diga... ese verde... parece tan frío...

Ella pareció perpleja y, sin saber del todo por qué, extendió la mano y tocó la pared al lado de su tocador.

-Tienes razón en lo de las paredes: están frías.

Levantó la vista hacia él y por un momento su cara compuso una expresión tal que él no supo con certeza si iba a reírse o a llorar.

-No quería decir eso. Mierda, ¡no sé muy bien qué quiero decir!

-¿No lo sabes o solo estamos empleando un eufemismo?

Como no obtuvo respuesta, ella se sentó en el lado de su cama blanca.

-Siéntate aquí y fuma un cigarrillo -dijo ella-. ¿Qué ha sido de tu bebida?

Él se sentó a su lado.

-La he dejado en el mostrador. Aquí detrás se está muy tranquilo, después de todo ese jaleo

de ahí delante.

-¿Cuánto tiempo llevas en la marina?

-Ocho meses.

-¿Te gusta?

-No importa mucho si me gusta o no... He visto muchos sitios que de otro modo no habría visto.

-¿Por qué te alistaste, entonces?

-Oh, iban a reclutarme y la marina era más de mi gusto.

-¿Lo es?

-Bueno, te diré, no me acostumbro a este tipo de vida, no me gusta que me mandoneen otros. ¿Y a ti?

En lugar de responder, ella se metió un cigarrillo en la boca. Él le sostuvo la cerilla y ella dejó que su mano rozara la de él. La mano de él temblaba y la luz no era muy firme. Ella inhaló y dijo:

-Quieres besarme, ¿verdad?

Ella le miró atentamente y vio cómo se extendía lentamente el rubor por su cara.

-¿Por qué no lo haces?

-No eres de esa clase de chicas. Me daría miedo besar a una chica como tú. Además, solo me estás tomando el pelo.

Ella se rió y expulsó una nube de humo hacia el techo.

-Ya basta, lo que dices suena a melodrama barato. De todos modos, ¿qué significa «esa clase de chicas»? Solo una idea. Que me beses o no es intrascendente. Lo podría explicar, pero ¿para qué? Seguramente acabarás pensando que soy una ninfómana.

TE LO DIJE *Susana Kleiban*

: -Te dije o no te dije salamin con pelos!!!

Te repetí miles de veces amigo que este loco no nos traería libertad y que lo único que avanzaría sería la cantidad de muertos de hambre.

-Viejita no llores vamos a ver cómo te consigo los remedios pero dejame enojarme un poquito con vos y con el viejo! Les dije que el peluca no era sincero

que no hablaba de ustedes al decir la gente de bien que no se confundieron por los nervios de campaña al hablar de viejos meados así es como los ven

Te dije viejita son piratas sin alma y los periodistas de los canales de tele que ves también, son miserables comprados.

No llores vieji, no voy a dejar que te saquen el PAMI tampoco que te ninguneen la jubilación ni que te cierren tu Centro de Jubilados y viejita no te va a faltar comida.

-Alicia Juan y todos los Pedros de la Argentina yo les dije y no lo repetí en el café, ni en el taxi, ni en el supermercado porque me dijeron que la tenían clara, que había que votar a quien se animará a terminar con la Casta y la Casta me decían, son ustedes los peronchos, los funcionarios los planeros hay que dinamitar el Banco Central decía el loco y ustedes (tal vez hasta docentes médicos jubilados, comerciantes amas de casa y hasta científicos y gente de la Cultura todos buena gente porque en general somos un pueblo de buena gente pero con restringida y licuada cabeza de TN y la Nación +) aplaudían... 😞

-Y mi sobrina? Y tú hijo adolescente? Y ese que estudiaba en la UBA ese que recibió el plan Progresar y su notebook del Estado? Y esos que alquilaban? no disfrutaban diciendo que venían a terminar con el Estado corrupto sin darse cuenta que solito o solita se tiraban un tiro a los pies?

No quiero pensar como aquel doloroso poema: .. "Ahora vienen por mi pero ya es tarde ..

No son ustedes mis enemigos

Les doy la mano.

Es cierto que podríamos haber evitado tanto dolor que parece de un siglo y solo está lace-

rando desde el 10 de diciembre
Hay todo por cambiar
No somos tontxs
Si ganaron también es por lo que hicimos mal o dejamos de hacer..
Pero ahora lo entienden
Era reparable
No se necesitaba este Tsunami siniestro y perverso Ellos son parte del daño no de la solución del problema
Con la verdadera Casta Vende Patria no negociemos
Con ustedes amigos, familia conocidos que ahora despiertan encontrémonos el 24 en cada plaza en cada pueblo en cada firma contra el atropello.
Porque si queremos
Nunca más es Nunca Más
y podremos festejar el reencuentro
Soberano, porque historia de dignidad y lucha no nos faltan, y del error se aprende, de la cobardía y el " y yo qué puedo hacer ahora? Jamás!!
Por una nueva Canción con Todos
Es otro Mundial para ganar

REFLEJOS AMARILLOS SOBRE EL TECLADO

Graciela María Casartelli

Hoy volví sobre las teclas de mi piano.
Mediaron varios años de silencio.
La resonancia muda y el canto apagado.
Los dedos temblorosos y la contrición agradecida por haber salvado mi dedo anular tras aquel accidente. Ése que ocurrió en octubre del año pasado en un lugar de mi pequeña mansión. En realidad, un sencillo hogar; cuando se cerró la puerta de la cochera por la fuerza del viento mientras intentaba abrirla; incrustándome la mano derecha entre las bisagras de las dos hojas que le servían de cierre.
Una vivienda, sentida como la fortaleza creada por mis esperanzas e ilusiones; negadas para mi existencia. Se trataba quizás, del destino de simples sueños mundanos; a través de los cuales el ego exponía "bijouterie" fantasiosa, de quimeras imposibles para mí.
Hoy, con los ojos cerrados frente al mismo piano, en la nueva casa de alquiler temporario, interpreté como pude, aquel antiguo vals: "Desde el alma"... Melodía plasmada por mi madre; con partitura ante los ojos.
Pensar que en este día, apenas asomo las notas merced a un oído especial para la música. Extraña capacidad; pero no talentosa para lo que el mundo valora como arte. Esto es, ajustarse a las pautas de la música escrita sobre un pentagrama.
De mi parte, juego con acordes danzantes en mi mente desde corta edad, armonizados por intuición; pero sin la maestría requerida al ajuste de las partituras.
Mi interpretación es algo muy suave; así como suena una lira delicada en manos de un principiante joven y, doy gracias a Dios, porque de esa manera mi corazón se transporta a un mundo, en el que fui; o también seré.
De ese modo también extraño, apareció tu mirada y la expresión de tu rostro en mi mente; con un cúmulo de recuerdos encontrados, teñidos de emociones famélicas por el desgaste de los años. Y sólo a modo de una presencia fantasma, habitando los huecos creados por el vacío del otro, horadados por el paso del tiempo.
Porque, aún algo de fuerza vital se expande en mi sangre y en mis músculos, negándose tozudamente a envejecer; mientras la realidad me devuelve en el espejo, una imagen endu-recida y tosca.
No obstante, tu recuerdo se asió a una lágrima tonta, que no supo dónde esconderse.
Reencontrarme con ese instrumento... Parte fundamental de toda mi vida.

Recuerdo los infantiles golpes con torpeza sobre las teclas; los intentos fallidos en el Conservatorio de Música durante la niñez temprana y la expresión forjada de sentimientos inexplicables, que a modo de hilo de agua marcada por el declive desde la vertiente, bulleron denunciando de los caminos sinuosos de un confundido corazón, lleno de historias siempre trucas.

Este reencuentro después de tanto tiempo, inicia algo que desconozco; muy mío. Muy de este tiempo, de hojas amarillas abandonadas desde los árboles, danzando sobre el teclado...

DESPEDIDA *Fernanda Lagrava*

-Me caso- dije un día a mi grupo de amigos, a partir de ese momento, un torbellino de ideas se les cruzo a todos por la cabeza para la despedida de soltera, hasta que se decidieron por una. Nadie dejaba entrever ni el mas mínimo indicio, suponía que me llevarían a comer, a bailar, disfrazada vaya saber de que y todos muertos de risa, un tradicional adiós a la soltería.

A quince días de la boda, Lily me dijo:-preparate, a las diez te pasamos a buscar-. Muy puntuales estaban en la puerta de casa haciendo sonar las bocinas de los autos, fuimos a Puerto Madero, cuando baje del auto, todos se acercaron a darme un calido abrazo, caminamos en silencio, quise preguntar y me pidieron que me calle. Nos detuvimos frente a una lancha blanca con mi nombre pintado de azul en el estribor, -subí- me dijo Mauro al oído, lo mire desconcertada, -¿qué?-, una voz grave repitió -subí- .

Vuelvo a mirar la embarcación y vi a mi primer amor. No me case.

LA VEJEZ *Susaba Brosou*

Estoy aquí, ustedes me ven, esperando. Solamente espero. Sentada en esta tarde cerca de la ventana, mirando las flores del jardín, que invitan a la dicha, que está tan lejos de mi alcance. Si espero, que suene el teléfono, aguardo el llamado de mi hija, qué suene rápido ese teléfono y pueda oír su voz. Ustedes me comprenden?. Yo vivía con ella, hasta que llegó un momento en que necesitaban mi habitación, porque su hijo, mi nieto se casaba y no tenía donde vivir. Entiendo la necesidad, pero es difícil de asimilar, para mí es penoso despedirme de la casa donde viví, con mi esposo y mis hijos, era mi rincón particular, mi lugar en el mundo, lugar que hoy añoro, sentada en esta descolorida mecedora, esperando un llamado telefónico, que tal vez nunca suceda, debido al escaso tiempo que dispone con los preparativos para la boda. Discúlpeme, les ruego que tengan un poco de paciencia, últimamente todo se me mezcla, todo se diluye, una corte de fantasmas me visitan, mis únicos compañeros en esta época de mi vida. Me encuentro sola. Siento en todo mi cuerpo el peso de la vejez, que no tiene cura. Ser útil otra vez, volver a ese pasado en que fui tan feliz, sacar de mi alma esa amargura, esa tristeza, esa sensación de vacío, la falta de compañía y amor. Nadie debería estar solo, padecer la agobiante soledad. Decía García Márquez : " el secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto con la soledad".

Suena el teléfono, es la voz, la voz querida de mi hija que me dice : - Mamá, te paso a buscar, no podés estar lejos de nosotros, te extrañamos, te necesitamos-. Si, en la vejez todavía quedan muchas cosas para hacer, muchas cosas para sorprendernos, que nos permitan soñar, que nos hagan felices. " El arte de envejecer es el arte de conservar alguna esperanza". (A. Maurois).

CUMPLIMOS 29 AÑOS DE VIDA